

## **SOBRE LA SINCERIDAD DEL TRADUCTOR\***

**Antonio Arbea**

Pontificia Universidad Católica de Chile  
aarbea@uc.cl

Quisiera comenzar haciendo dos precisiones sobre lo que voy a decir.

La primera es que, a diferencia de Gertrudis Payàs y Carmen Gloria Garbarini, yo no soy un teórico de la traducción, sino solamente alguien que ha practicado la traducción. En materia de teoría de la traducción, debo decir –parodiando a alguien– que soy un ignorante con algunas lagunas. Mi exposición, por lo tanto –que va a ser muy breve–, no será tan rigurosa como las dos que acabamos de escuchar. Aprovechando las licencias que se me permiten en esta oportunidad, mi exposición será más suelta, más impresionista, y tendrá un propósito, diría yo, básicamente doctrinal.

La segunda precisión que quiero hacer es que mi práctica de la traducción ha sido bastante ceñida: se ha circunscrito, básicamente, a algunos textos literarios latinos renacentistas, específicamente a algunas comedias latinas del temprano Renacimiento italiano, del período llamado Humanismo. (Razón por la que a este género se lo conoce con el nombre de comedia humanística latina.) Lo que diré luego acerca de la traducción, en consecuencia, debe entenderse como dicho específicamente acerca de este tipo de traducción y no de otra: es decir, acerca de la traducción de textos literarios antiguos, de la traducción que bien puede llamarse filológica.

\* \* \*

---

\* Tercera ponencia de la mesa redonda “Traducción y Cultura”, que tuvo lugar el 27 de septiembre de 2007 en el Salón de Honor de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con ocasión del *Día internacional del traductor*.

Hace algún tiempo, me tocó ver en televisión una interesante encuesta callejera. Era muy simple: a la gente que transitaba por un paseo santiaguino se le mostraba un cuadro que había sido pintado por un mono, y se le pedía su opinión sobre la pintura. La gente ignoraba, por supuesto, el origen símico del cuadro; todos daban por hecho que se trataba de la obra de un pintor. El telespectador, por su parte, presenciaba el experimento completo, desde el momento mismo en que a un desconcertado chimpancé le ponían en la mano, una tras otra, brochas untadas en pinturas de diversos colores y lo incitaban a pasarlas por una tela en blanco colocada frente él. “¿Qué le parece a Ud. este cuadro?”, se les preguntaba a los transeúntes. Casi todas las respuestas eran del tipo “¡Muy interesante!” Algunos, más audaces, aventuraban juicios un poco más comprometedores y elogiaban, por ejemplo, el buen manejo de los colores, o la acertada combinación de luces y sombras, o lo bien que el cuadro expresaba la angustia del hombre contemporáneo. Alguno, por ahí, hablaba –¡cómo no!– de arte postmoderno. Y no faltó el atrevido que, dándose las de experto, llegó a decir que creía poder identificar al pintor.

Para el televidente, esta suerte de cámara indiscreta resultaba, hasta allí, ciertamente, muy divertida (aunque era inevitable experimentar, al mismo tiempo, una cierta decepción del género humano, o, al menos, de nuestros compatriotas). Pero he aquí que entonces, cuando ya todo parecía terminar así, se le formulaba la pregunta sobre el cuadro a una buena y humilde mujer, de rostro limpio y mirada franca. Ella, luego de observar la pintura durante unos segundos, sentenciaba con voz verdadera: “Este cuadro no me gusta; podría haberlo pintado un mono”.

(Es inevitable que este episodio le haga a uno recordar aquel *ensiempro* medieval de los burladores que decían que habían tejido un paño que solo podía ser visto por quien efectivamente era hijo de aquel a quien se tenía por su padre.)

\* \* \*

Cuando me puse a redactar estas líneas acerca de la traducción literaria o filológica, se me vino porfiadamente a la cabeza esta anécdota de la señora y el cuadro pintado por el mono, y decidí entonces que debía –por decirlo así– dejarme llevar por mi instinto, contar aquí la historia (como lo acabo de hacer), y, a la luz de ella, abordar el tema de la traducción literaria, concentrándome en un solo aspecto: el de la sinceridad.

A pesar de que la idea puede parecer algo descabellada, creo que esa mujer, esa noble y sencilla mujer, ajena a toda impostura, podría haber sido una excelente traductora. Habría que haberle sumado,

por supuesto, algunas habilidades intelectuales específicas, algunas aptitudes propias del *métier*; pero en materia de cualidades morales requeridas por el oficio, esta señora, en mi opinión, habría calificado sobradamente.

El traductor literario, en efecto –tal como esta señora–, debe ser honesto, debe amar la verdad. (La *verdad* con minúscula, que el traductor no es un metafísico. Tal vez sería mejor decir que “debe amar *las* verdades, las pequeñas verdades”.) Esto, quizás, no es sino otra manera de decir que el traductor debe procurar ser fiel, debe procurar que en sus versiones no haya nada de más ni nada de menos. Sabemos, es cierto, que esto es en último término una utopía, y que es inevitable que el traductor “aparezca” en su traducción: él no es una suerte de tubo vacío, aséptico. El traductor tiñe, y más que tiñe, su traducción. Eso es así, por supuesto. Lo que quiero decir es que el traductor no debe buscar protagonismo; por el contrario: debe aspirar a pasar inadvertido, como el buen árbitro de un partido de fútbol. Como auténtico intérprete, el traductor consumará su misión cuando su persona, en lo posible, desaparezca, cuando logre producir la comunicación entre los lectores y la obra. El sentido genuino de la traducción, en efecto, es la objetividad del texto, no la persona del traductor, que a veces no hace sino obstruir con su subjetividad casual el camino hacia el texto original.

No me gustan, en este sentido, las traducciones que hacen alarde de originalidad; por ejemplo, esas que se solazan en una retórica frondosa e insincera. No hay tal vez nada peor que una traducción hinchada, altisonante, floripondiosa. (Casi es preferible, creo yo, una traducción derechamente equivocada.) Los artificios de ese tipo regularmente solo intentan disimular la falta de talento. No quiero con esto decir, por supuesto, que la traducción literaria deba renunciar a todo recurso expresivo; lo que quiero decir es que, en esta materia –en materia, digamos, estilística–, el traductor debe conducirse con medida, sin excesos, tomando atinadas decisiones idiomáticas.

En este aspecto, el traductor literario no debe sentir temor de dejar entrar en su prosa el aire revitalizador de la lengua hablada y empaparse de su rebeldía. Tampoco deben espantarlo los neologismos. Por el contrario, debe sentirse autorizado incluso a ensanchar su idioma con palabras de su propia creación. También así crecen las lenguas, que no solo desde abajo, por presión popular. A lo que sí, en cambio, el traductor debe temer es al purismo estrecho, que puede debilitarle su temperamento. No debe prestarle oídos a esa suerte de inspectores de aduana que pretenden, contra viento y marea –y contra la vida y la historia–, establecer una suerte de cordón sanitario en torno al idioma. El purismo idiomático es casi siempre más dañino que beneficioso para

la lengua y la cultura. Suele ser achatador, uniformador, infecundo, pobre y empobrecedor.

Bueno, esto es todo lo que yo quería decir, pero, aprovechando que tengo en este momento la palabra, y para no tener que tomarla nuevamente, quiero concluir expresando mi agradecimiento al Programa de Traducción de la Facultad Letras de nuestra universidad, y al Colegio de Traductores e Intérpretes de Chile, por el premio que me han concedido, distinción que valoro muchísimo. Quiero también aprovechar de felicitar al Programa de Traducción –a su coordinadora, María Isabel Diéguez, y a quienes la acompañan– por la importante tarea que realizan en la formación de traductores e intérpretes y por el éxito que han tenido en la empresa de renovar el prestigio de la labor de traducir y de encarecerla como un trabajo intelectual de primer orden.

Muchas gracias.